

...“El petróleo, por ejemplo, elemento valiosísimo para la bienandanza de la humanidad, es arma terrible para la guerra, insustituible en muchos casos, hasta el punto de merecer la clasificación de recurso vital para las naciones. Las zonas terrestres en que se le encuentra no son todavía muy numerosas y sucede que no siempre existe en cantidades proporcionales a las necesidades de los países que lo poseen...”.

Explotación de las Riquezas Naturales en un Mundo Económicamente Equilibrado

*Por Juan de la Cruz Posada
Exclusivo para Temas*

SI la humanidad en su evolución constante hacia el perfeccionamiento de su sér, ha de encontrar una etapa positiva correspondiente a ese progreso, en el triunfo de los ideales que se están amasando con sangre, sufrimientos, lágrimas y destrucción, en la actual contienda mundial, es lógico esperar que dichos ideales no puedan ser otros que los de la convivencia pacífica, ordenada, tolerante, justa, amable y fraternal entre todos los pueblos de la tierra. Si el resultado llegara a ser otra cosa, se habría malogrado lamentablemente el supremo y heroico esfuerzo que llevan a cabo en los campos de batalla, los amantes de la verdadera democracia, esto es, de la que se practica en su más pura esencia, libre de fanatismos sectarios y egoístas.

Ahora bien, para el disfru-

te equitativo y justo de los bienes de la tierra, en una amplia confederación de naciones, en vida armónica entre sí, conviene diferenciar en su esencia las riquezas que a todos interesa y que en realidad son de todos y para todos. Precisamente, en la lucha ambiciosa e inconsiderada por el acaparamiento de esa herencia común, se debe buscar el origen y la causa de las tremendas crisis guerreras que viene padeciendo la humanidad desde sus orígenes.

En dos grandes agrupaciones se pueden comprender las riquezas del suelo y del subsuelo de nuestro pequeño planeta: a) —Las que se renuevan constantemente por sí mismas o mediante la ciencia e industria humanas. b) —Las que se agotan siempre mediante el uso o por acción de los agen-

(Pasa a la pág. 185)

*Explotación de las Riquezas...**(Viene de la pág. 172)*

tes telúricos, en un futuro razonablemente cercano.

Sin espacio para analizar este tema —propio para un extenso libro— nos limitaremos a exponer unas cuantas ideas al respecto y a plantear algunos interrogantes que, sin duda alguna, habrán de figurar en los programas que se estudien en la **mesa redonda** de los **planeadores** de la **nueva vida** de las naciones, al terminar la catastrófica guerra que padece ahora la humanidad.

De las **riquezas renovables** se pueden citar, entre las más salientes: los bosques, las praderas y las tundras; los cultivos agrícolas para alimento del hombre y de los animales domésticos; los cultivos agrícolas y el beneficio de animales con fines industriales; la pesca y la caza; las aguas corrientes y estancadas en lagos y mares; los gases de la atmósfera, etc.

La geografía física del planeta, en su más amplia acepción, cotejada con la naturaleza de los suelos y la acción de los agentes atmosféricos, determina el conocimiento de las mejores conveniencias para todo lo relacionado con la producción, en cuanto concierne a los reinos animal y vegetal. El simple sentido común rechaza las anomalías artificiales que el hombre trata de introducir, a veces, en el or-

den de las leyes inmutables del Cosmos, a este respecto. Sin embargo, con frecuencia se viola este sentido común, mediante la implantación de aranceles aduaneros inconsultos, erróneos o tendenciosos, con el resultado de un encarecimiento del costo de la vida para la masa de la población de una comarca dada, que se ve obligada a consumir a precio alto lo que podría obtener más barato, importado de regiones terrestres adecuadas para su producción y distribución a menor costo.

Por consiguiente, el disfrute de los dones naturales renovables de la madre tierra, por toda la especie humana, es un simple problema de producción en los lugares más adecuados para el caso y de distribución de la manera más económica posible entre los consumidores de todas partes. En este campo no caben consideraciones egoístas de ninguna naturaleza y el capital cosmopolita debe encontrar amplio acomodo para obtener, en todo tiempo, lo que la humanidad necesita, proveniente de las zonas estratégicas, estén donde estuvieren.

Naturalmente, a medida que el mundo se va poblando, hasta la saturación en grandes extensiones, les va llegando el turno, para la producción a zonas libres o apenas afectadas, existentes dentro de los radios de acción de los centros ya incapacitados para abastecerse a sí mismos eco-

nómicamente. Desde luego, son pasos falsos en este sentido, los que conducen a la superproducción, estimulados por alguna bondad especial correspondiente al medio productor y los que tienden a trastornar las leyes de la naturaleza, como ya se dijo, tratando con ello de fomentar o proteger nacionalismos exagerados que tienen por ideal el bastarse cada cual por su sola cuenta y a cualquier costo, desdeñando el hecho capital de que sin verdadera y justa cooperación entre todos, es imposible obtener el bienestar para todos.

Ilustraremos mejor nuestro pensamiento, expresado como queda, en forma condensada: si al estudiar las diversas zonas climáticas del planeta apropiadas para un cultivo cualquiera —digamos el trigo— remunerando al obrero del agro y al transportador del producto, de una manera justa, tal como lo espera y pide la humanidad entera, para poder convivir tranquilamente el capitalista y el obrero, se ve la conveniencia de abandonar determinadas porciones que por costumbre han sido cultivadas o de reducir el área de otras, debe procederse de conformidad, y no pretender obtener cosechas a precio de competencia mediante salarios escasos o de imponer el consumo de artículos indispensables para la vida, amparándolos con aranceles aduaneros que determinan la

exclusión de la competencia de los productores de otras partes.

Queda así planteado uno de los problemas de más difícil solución, una de las incógnitas más oscuras y complejas, un verdadero rompecabezas, para los estadistas del mañana, cuando traten de sentar las bases para un mundo mejor que el vivido hasta hoy por la humanidad. Igualar en planos de justicia y equidad el standard de vida de todos los pueblos de la tierra, según las características de cada uno, para obtener el equilibrio racional en la producción y la distribución de los productos de que venimos tratando, es tarea casi sobrehumana, que necesitará de muchos tanteos y aproximaciones, mudables con los tiempos, y sujeta a las ambiciones de los hombres.

Pasando ahora a la segunda clase de las riquezas naturales —las que se van agotando hasta acabarse— el asunto es mucho más trascendental y lleva consigo la solución de complicados y gravísimos problemas. La paz del mundo ha sido, es y será siempre función directa del juego de las numerosas variables que entran en la ecuación que enfrenta al hombre con esta faz de la naturaleza. Casi todos los productos que corresponden a este grupo, están contenidos en este grupo, están contenidos en la corteza terrestre: son elementos del reino mineral, ca-

si siempre ocultos a la mirada del hombre y sujetos, por consiguiente, a su descubrimiento de una manera más o menos fortuita.

Hasta donde ha sido posible explorar las entrañas de la tierra en busca de los metales y demás sustancias minerales que el hombre va necesitando en cantidades crecientes cada día y en clases que se van multiplicando con el avance de las ciencias y de las industrias, se llega a la conclusión de que la naturaleza es pródiga en algunos casos, en otros es esquiva y en no pocos se limita a dar esas comodidades en contadas localidades y en cantidades muy limitadas.

Prácticamente, todas las riquezas de esta clase son utilizables por la humanidad en el campo noble, digno y trascendental de su bienestar y goce ordenado de la vida. Pero, por desgracia, existen muchas de ellas cuyo uso se puede torcer para llevar el dolor, la muerte y la destrucción a seres hermanos, y otros que sólo sirven para tan diabólico y maldito fin.

Consideradas desde otro punto de vista, hay varias de estas riquezas que pueden clasificarse como elementos **esenciales** para la defensa y conservación de las entidades nacionales: se puede decir que son armas, patrimonio de los pueblos que afortunadamente las poseen, utilizables para infundir respeto y alejar las

agresiones extrañas y para la defensa legítima en casos de atropellos abusivos, por la fuerza.

El petróleo, por ejemplo, elemento valiosísimo para la bienandanza de la humanidad, es arma terrible para la guerra, insustituible en muchos casos, hasta el punto de merecer la clasificación de **recurso vital** para la existencia de las naciones. Las zonas terrestres en que se le encuentra no son todavía muy numerosas y sucede que no siempre existe en cantidades proporcionales a las necesidades de los países que lo poseen. Además, su explotación es bastante costosa y es raro que se hallen a su lado los capitales necesarios para el caso. De aquí el hecho anormal e inquietante de que el control político y el control comercial de tan importante elemento no vayan siempre parejos. Las grandes potencias, dueñas de los capitales y de los técnicos que saben explotarlos, compiten rudamente entre sí o tratan de entenderse para la explotación y distribución del aceite en el mundo, reservándose, en no pocos casos, sus propios yacimientos inexplorados, hasta agotar los de los países coloniales o de economía colonial.

No será éste un estado de cosas que ha de demandar especial atención, durante las conferencias económicas de la postguerra, hasta encontrar fórmulas justas para todos, grandes y pequeños? Deberán

los pueblos pobres o débiles, dueños de ésta o de cualquier otra riqueza de índole semejante, estimular localmente la explotación por extraños, de lo que la naturaleza les ha dado para su **propia vida**, sin oponerse, por supuesto, a que se les exija y den lo que justa y proporcionalmente les deba corresponder en la distribución general que se haga de las riquezas naturales, patrimonio de toda la especie humana? Se fundará una paz duradera, entre todos los pueblos de la tierra, si las grandes potencias y los grandes **trusts** quedan capacitados para obrar a su antojo en todo cuanto concierne a la explotación y distribución de las riquezas naturales que se agotan —sin esperanza de renovación— y que son vitales para la existencia de las naciones?

Los maestros en el arte de la guerra dividen los minerales que les son útiles en tres categorías principales: minerales estratégicos, minerales críticos y minerales esenciales. Todos ellos, esenciales para la defensa nacional, se diferencian en que los primeros no son obtenibles, parcial o totalmente en el país en guerra y en que, además, son tan escasos que se hace necesario atender a su conservación y distribución median-

te medidas de rígido control; los segundos, tampoco son obtenibles en el propio territorio, pero fuera de él son abundantes, y en cuanto a los últimos, se les considera intermediarios entre los otros dos grupos. Naturalmente, con el agotamiento de alguno de estos elementos, en mayor o menor escala, y con la aparición o adaptación de otros para usos diferentes, a medida que avanzan las industrias bélicas, muchos de ellos pueden pasar de una a otra clase.

Para terminar, no está por demás ilustrar esta cuestión con la lista de algunos de los elementos que se clasifican en dos de estos grupos, en los Estados Unidos, pues es claro que dicha lista es diferente para cada país. Actualmente, los **minerales estratégicos** son: antimonio, cromo, ferromanganeso, mercurio, mica, níquel, cristal de cuarzo, estaño y tungsteno. Los **minerales críticos** son: aluminio, asbestos, grafito, yodo, fenol, platino, toluol, vanadio y vidrio óptico. Esto en cuanto a las riquezas naturales que se **agotan**. De las que se **renuevan**, consideran en dicho país que los cocos, la fibra de manila, la quinina, el caucho y la seda son **estratégicos**, y el corcho, las pieles, el opio, el tanino y la lana son **críticos**.

* * *

La más alta moral consiste, no en la ciega adhesión a las viejas costumbres e instituciones, sino en explorar con fe y coraje nuevos caminos que tiendan al progreso de la humanidad.